

## EL FRASQUITO DE LAGRIMAS

### UN INCIDENTE VERDADERO

En una noche de octubre, bañada por los rayos de la luna, una encantadora joven estaba de pie al lado de la fuente bautismal y respondía las preguntas que afirmaron su fidelidad a la iglesia y a su Señor para siempre.

Escasamente dos años más tarde, atractivamente ataviada con su traje de novia, de pie en aquella misma iglesia, con una mano descansando con poética confianza sobre el brazo de un hombre fuerte y noble, con gracia femenil, contestaba las preguntas que le juraban lealtad “mientras los cielos y las olas fueran azules”. Despidiéndose de todos los demás seres queridos, los nuevos esposos, rebotando de amor y felicidad, se hallaron en el camino al hogar que había heredado el novio.

Dos mañanas más tarde, se bajaron del tren y caminaron dos millas de lindísimos paisajes campestres desde la estación del ferrocarril. Ella dijo: “Seguramente no falta más que un seguro de inmortalidad para que el lugar sea perfecto. ¿Puede algo (sin mencionar el cielo) estar más lleno de ventura? ¿Podría algo invadir esta área angélica trayendo un aliento venenoso?” ¡Pobre mujer! Vamos a ver.

Entre esta bella mansión y la hermosa finca tan bien cuidada, a una legua de distancia había una inmunda tabernucha, donde se reunía lo peor de aquel sector. El noble propietario de la finca nunca había traspasado su umbral sanguinario y rapaz. Pero una noche sí, entró con un amigo. Más tarde visitó el lugar solo y con correr el tiempo, se hizo cliente frecuente de la taberna. Libaba, convidaba, bebía, se emborrachaba y jugaba. Y finalmente fue asesinado en aquel lugar. Fue llevado a su casa y enterrado en el jardín de la familia.

Esta breve relación mide un cambio inconmensurable en toda aquella hermosa mansión y cubre una época de diez a doce años.

La mañana después que la pobre mujer con el corazón quebrantado, había enterrado a su marido, ella y las niñas mayores habían tomado un desayuno muy escaso. La nena, una muchachita de dos años, había salido de su cama y de pie al lado de su madre, había tomado su desayuno servido en un platillo. Ella había devorado ya todo, cuando un mensajero le entregó a la pobre mujer ofuscada y desvelada una noticia del tabernero. Decía algo como lo que sigue:

*“Querida Señora:*

*(¡Querida!) Esto le informará que tengo el título de propiedad depositado en calidad de hipoteca sobre su finca, también sus enseres de casa, incluyendo baúl, armario y vestuario. Como deseo tomar posesión de ello inmediatamente, usted tendrá la bondad de desocupar al instante. Con el portador mando un hombre para que se haga cargo de la finca con la casa y sus respectivas llaves. Él es mi representante legal en todo”.*

Estas eran noticias que no esperaba la pobre mujer. Mientras que el número de los caballos de la finca había ido disminuyendo gradualmente de veintiséis a uno, y todo lo demás había disminuido de la misma manera, ella pensaba que las pocas manzanas de terreno, la casa y su contenido le pertenecían. Ella había llorado tanto los años pasados que pensaba que ya no tenía ni una lágrima que derramar, excepto esas lágrimas secas, ardientes que ciegan a tantas mujeres con el alma



angustiada. En esto estaba equivocada; porque el contenido de esa notita rompió de nuevo un depósito de lágrimas que gotearon sobre el platillo mientras descansó su cabeza adolorida sobre las palmas de sus manos. Ella no habló, sólo lloró; no sentía resentimiento ni avaricia por el contenido infernal de la nota mencionada – sólo lloró.

Habló de nuevo la razón; tuvo conciencia de la tristeza que la rodeaba. Mirando hacia abajo vio que sus lágrimas habían goteado en el platillo y con la intuición propia de una mujer, tomó una cuchara y las vació en un frasquito el cual guardó entre los pliegues de su vestido de novia que tenía en el armario. Entonces escribió la carta que sigue al hombre que vendió el licor que arruinó a su esposo, a ella y a las niñas:

*“Señor, usted demanda las llaves. Yo se las mando. La que tiene un cordón rojo abre mi armario; en el lado derecho encontrará mi vestido de novia. Nunca lo usé más que una vez. Es suyo ahora, por la acción de mi esposo a quien nunca desobedecí. Entre los pliegues de aquel vestido encontrará un pequeño frasquito con unas pocas lágrimas, las últimas que me quedaban y que son históricas. Contienen la historia del nacimiento de una pequeña niña bajo un techo dichoso; cuentan quince años felices que ella gozó en el colegio; cuentan de un noviazgo corto y dulce y el casamiento con el hombre más valiente y mejor que yo conocí jamás, (si no hubiera sido por el whiskey); cuentan el feliz día en que nos trasladamos a este hogar palaciego y bien cuidado, y de la luna de miel tan corta que pasamos aquí. Todos estos placeres tan sagrados y dulces los encontrará en el frasquito de lágrimas.*

*“Un cambio vino, agudo y repentino. Señor, usted lo puede leer en las lágrimas que le dejo como herencia. Ellas le contarán de la primera vez que mi esposo atravesó su vil umbral; de la primera vez que descubrí licor en su aliento y cómo me puso a un lado con suavidad con una lluvia de besos, diciendo que por su amor para conmigo nunca volvería a ponerse bajo los efectos perniciosos del licor; de cómo se volvió un bebedor consuetudinario; de la primera vez que su paso fue incierto; de su declinación rápida en el cuidado de su hogar y en el amor de su casa; la facilidad con que yo era mal comprendida; de sus primeras palabras soeces en mi presencia. Todo lo encontrará en el frasquito de lágrimas. Usted encontrará allí también la historia de una noche lluviosa con un viento huracanado, alumbrada por los relámpagos y golpeada por los truenos, cuando parecía que la casa iba a ser demolida. Esa noche la pequeña María, nuestra primogénita, vino a este viejo mundo empapado de whiskey. También encontrará en el frasquito de lágrimas, la parte que usted jugó en mi casa aquella noche; pues mientras un médico me atendía, otro atendía a mi pobre esposo, borracho, víctima de serpientes, gorilas y diablos imaginarios. En realidad, usted era su victimario. Encontrará todo esto en el frasquito de lágrimas.*

*“Yo vi en el fulgor del rayo, la tempestad que jugaba con los árboles frondosos. Oí la lluvia que golpeaba furiosamente contra las ventanas. El cuarto trepidaba por el colérico trueno. Pero, para mí eran más fuertes que el trueno los gemidos, gritos y juramentos de mi caído y cobarde esposo. Todo esto lo encontrará, Señor, en el frasquito de lágrimas .*

*“Oí el grito fuerte de recién nacida, que anunciaba el advenimiento de mi primera nena – un grito que corrientemente llena a una madre de gozo, pero que me llenó con una nueva angustia, pues pensé que tal principio era apropiado para una carrera que tendría que ser de vergüenza agudísima. Al principio oraba para que los tres encontráramos la muerte en medio de la tempestad, que ahora parecía alimentada por todas las furias del infierno. Pero en seguida pedí que la*

*pequeñita viviera, para que ganara a su papá y lo llevara otra vez por el sendero de la sobriedad, del que usted por el dinero lo había descarriado.*

*“A la mañana siguiente vino mi esposo algo incierto sobre sus pies; nos miró con ojos enrojecidos; me besó y besó a la nena y juró que nunca tomaría otra vez. Le creí y el color volvió a mis mejillas; un brillo nuevo encendió mis ojos y con el orgullo natural de una esposa y madre empecé a hacer planes para la vida y el hogar, pero muy pronto estas dulces ilusiones fueron estrelladas y quebrantadas, porque antes de que me levantara de esa cama, vino borracho otra vez a la casa. Mi sol se puso y repentinamente fue media noche, y mi cielo (si se podía llamar cielo) no tenía ni una estrella. Envejecí; mi corazón se petrificó.*

*“No necesito contarle de los años siguientes cargados de pesar, ni de la venida de la segunda nena; de la desaparición de los lujos; de la deserción de los amigos; de la ausencia de visitas; del recorte de los gastos y de la economía forzado para saldar las del licor; la pérdida de mi salud; de otros esfuerzos para guardar la puerta del lobo del hambre; de las veces que he huido de noche de un marido y padre enloquecido por el aguardiente; de un hogar sin alegría; de una mesa desprovista; del nacimiento de la tercera niña en medio de la miseria en que sólo el hogar de un borracho puede estar; de mis esfuerzos vanos por tener vestidas y alimentadas a las niñas; de las profundidades hondas a donde usted llevó a mi inepto esposo.*

*“Una noche había tal dolor en mi corazón que grité. María se despertó y se me acercó para preguntar que tenía. Le dije que tenía tanto dolor que debía estarme muriendo; que ella debía tomar el lugar de su mamá, cuidar a papá y a sus hermanitas; que papá era un borracho sin esperanza y que muy pronto ella sería la única que ganaría el pan. Usted encontrará en el frasquito de lágrimas la historia de cómo pasamos aquella noche María y yo, orando y haciendo planes; cómo la pequeña María tomó asiento en la puerta para esperar el regreso de su papá; cómo al salir el sol, mi esposo vino bamboleándose por aquella callecita una vez llena de flores, pero ahora cubierta de monte; cómo María corrió, le echó los brazos al cuello y dijo; “¡Oh, Papaíto!, nuestra mamá por poco se muere anoche. Me dijo que yo tendría que cuidarlo a usted y a mis hermanitas también. ¡Oh! mi dulce padre, usted no tomará más ¿verdad?”. Con un juramento más apropiado para un demonio, levantó su potente brazo y golpeó a la niña – un golpe que la lanzó hasta la acera y la dejó sangrando y llorando, mientras que se me acercó para maldecirme y pegarme. Pero usted lo puede leer todo, Señor, en el frasquito de lágrimas, la única cosa que tengo a mi nombre y que puedo presentar como un recuerdo de lo que valían todas estas posesiones.*

*“Hace tan solo tres mañanas que un obediente servidor suyo me trajo el cadáver de mi esposo al rayar el día y lo acostó en el suelo, regresando a toda prisa, yo supongo, a la mesa de juego donde su víctima acababa de ser baleada. Encontré unos amigos negros que me ayudaron a sepultarlo en lo que yo pensé era mi jardín. Lo enterramos bajo su manzano favorito. Pensé poner flores en el verano y conchas en el invierno, enseñando a mis niñas cuán noble fue antes de caer en sus garras. Pero me parece que lo enterré en el jardín de usted bajo el manzano suyo. En verdad, el cadáver de mi esposo fue colocado sobre el piso de usted. Ahora está marcado con la sangre de su víctima. Después que unos amigos negritos me ayudaron a amortajarle, mientras que velaba sus preciosos restos, traté de lavar las manchas de sangre, pensando que no las podría ver y pasar sobre ellas. Pero ahora, sucede que es piso suyo, el que quedó manchado con su sangre. Es usted, a quien él entregó sus vastas posesiones, su virilidad, su familia, y su misma alma. Todo lo encontrará, Señor, en el frasquito de lágrimas.*

*“Me ordena desocupar; obedezco. Cuando usted lea esto yo estaré en camino al Este. Tomo esa ruta solo porque me lleva lejos de usted y de su maligna cueva de destrucción. Yo no sé dónde pasará la noche con mis tres niñas. Pero una cosa le aseguro: Hay un Dios de justicia que escucha el lamento de la viuda y el grito del huérfano. Ante su Trono nos juntaremos. Usted le contará cómo adquirió esta casa que yo y mis niñas ahora abandonamos”.*

*“Todo eso, Señor, usted lo encontrará escrito en el frasquito de lágrimas”.*

